



DURA 1 (2019)

Revista de literatura criminal hispana

El relato criminal mexicano en antologías

Vicente Francisco Torres

Universidad Autónoma Metropolitana

1

El cuento policial de nuestro país empezó a ser mencionado como tal en libros que historiaban la narrativa, como *Trayectoria de la novela en México* (1951), de Manuel Pedro González y, más específicamente, en *Breve historia del cuento mexicano* (1956), de Luis Leal. En 1955, María Elvira Bermúdez, la mayor impulsora del género, publicó *Los mejores cuentos policíacos mexicanos*, la primera antología de su tipo. La hizo con autores que se habían dado a conocer en la revista *Selecciones Policiacas y de Misterio*, que publicara Antonio Helú de 1946 a 1953. María Elvira, en 1987, amplió y enriqueció su selección anterior. *Cuento policíaco mexicano. Breve antología*, conservó relatos de Antonio Helú, Rafael Bernal y Rubén Salazar Mallén, aumentó con un cuento de Salvador Reyes Nevares, y se puso al día con José Emilio Pacheco, Vicente Leñero y, ante todo, con "Sinfonía Pastoral", de José Revueltas, un gran cuento que un asesor del gobierno de Querétaro, de cuyo nombre no puedo acordarme pero sí quiero, nos recordó al inaugurar un congreso sobre el género. Si consideramos los nombres de Rafael Bernal, Rubén Salazar Mallén, José Emilio Pacheco y José Revueltas, veremos que grandes autores oficiales¹ siempre han sido tentados por el cuento policial. No menciono a Vicente Leñero porque en su narrativa oficial siempre se proyecta la policial, como sucede también en la obra de Revueltas. En la narrativa de este último autor también se cuela la influencia de la crónica roja porque la cultivó en el diario *El Popular* y la vivió en su peculiar infancia transcurrida en el barrio de La Merced.

¹ Alfonso Reyes usaba las expresiones *literatura oficial* para referirse a la literatura artística y *policial*, para nombrar la narrativa criminal. Véase "Sobre la novela policial", tomo IX de sus *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1959, pp. 457 - 461.

En 1964, el profesor norteamericano Donald Alfred Yates publicó *El cuento policial latinoamericano*, primera antología con una pretensión continental. En ella, para México, se atiene a lo establecido por Bermúdez en su obra pionera en virtud de que selecciona a Pepe Martínez de la Vega, Antonio Helú y a la misma Bermúdez. De la muestra de Yeats puede concluirse, por la presencia de autores argentinos, chilenos y mexicanos, que este tipo de narrativa florece, especialmente, en grandes ciudades, tal como dice la raíz *polis*.

En 1982 yo mismo publiqué *El cuento policial mexicano*. Allí rescaté dos cuentos de la literatura oficial (“El crimen de tres bandas”, de Rafael Solana, y “Lo mejor de Acerina”, de Luis Arturo Ramos), hice búsquedas en las librerías de viejo para antologar “El amor es veneno”, de Raymundo Quiroz Mendoza y “Los dientes delatores” de Vicente Fe Álvarez, ambos provenientes de *Selecciones Policiacas y de Misterio*. También arrebaté de las garras de la polilla “El crimen en la Facultad de Medicina”, de la revista *Aventura y Misterio*, que escribiera Juan Espinasa Closas. Emmanuel Carballo, editor de *El cuento policial mexicano*, se encargó de agregar “La risa va por barrios”, de Rafael Ramírez Heredia. En 2006 recibí el encargo de hacer una antología policial --*El que la hace... ¿la paga?*-- a nivel latinoamericano y patrocinada por la UNESCO. Allí supe lo que era preparar un trabajo antológico con la colaboración de distintos países. Mi selección fue modificada varias veces y, al final, quedó una especie de Frankenstein que arrojó nueva luz porque se difundieron trabajos de otros ámbitos cosmopolitas. Además de los países ya difundidos por Donald Alfred Yates surgieron Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Nicaragua, Perú, Puerto Rico, República Dominicana y Venezuela.

2

La historia reciente de Estados Unidos ha mostrado la necesidad que tuvieron de drogas, como analgésicos y anestésicos primero, y después por la dependencia física o psicológica generada en los excombatientes. Las guerras mundiales se las exigieron y también el episodio de la guerra Irán Contras, mismo que desencadenó el crecimiento exponencial del tráfico mexicano con sus secuelas de corrupción gubernamental y violencia grupal. Nuestra cercanía con Estados Unidos hizo que aquel gobierno iniciara en México el cultivo de estupefacientes con el apoyo de inmigrantes chinos que se asentaron en el Triángulo Dorado que formaron los Estados de Durango, Sinaloa y Chihuahua. Esa

necesidad y los problemas migratorios endémicos de nuestra frontera norte hicieron nacer un tipo de sociedad, con su correlato literario, que pronto se vio reflejada en una muestra antológica que hoy es un parte aguas en la prosa mexicana reciente: *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera* (1990), de Leobardo Saravia Quiroz. Los textos de este libro hablaban de una violencia que todavía era parte de la plana roja de los diarios y no sabía que ya estaba conformando un *corpus* de narrativa mexicana nacido de la violencia generada por el narcotráfico. Eran los tiempos en que se tenía la creencia ingenua de que la violencia era exclusiva del norte y no el cáncer que poco a poco se iba extendiendo por todo el territorio nacional. La Chinesca, barrio subterráneo y delincencial de Mexicali, aparecía como un símbolo en esos cuentos y la vida pesadillesca de los migrantes contribuía a dar la atmósfera de esa tierra de nadie que suelen ser las fronteras.

Contrabando, de Víctor Hugo Rascón Banda, en 1991 ganó el premio Juan Rulfo de Novela. Sin embargo, fue hasta 2008, año de la muerte del dramaturgo, cuando la novela fue publicada. *Contrabando* mostró cómo llegaron las drogas a la sierra de Chihuahua: una vez las semillas las llevaron fuereños; otra los campesinos decidieron dejar la miseria e incorporarse a la siembra clandestina; alguna viuda entró al narcotráfico por herencia del esposo... Después vino la revoltura entre políticos, comerciantes, campesinos, militares, policías estatales, policías federales y la maraña acabó cubriendo a poblaciones enteras que sufrieron masacres, injusticias y ofensas sin cuento. Este fue un libro testimonial, como tantas otras obras de Rascón Banda, que no imaginó su carácter pionero en la literatura, que no en el periodismo ni en el ensayo político social. Rascón Banda narra -- con fuertes dotes de cuentero, como se estila entre los oriundos de la sierra -- unas vacaciones que fue a pasar en su casa paterna y se entrega a la experimentación formal. Él aparece como testigo, después entrega diversos testimonios orales y consigna un cuaderno con la vida redonda de un personaje. Luego transcribe cintas de audio, inserta letras de corridos y la historia central se complementa con un guion cinematográfico y una pieza teatral.

En la década de los noventa el tema se fue colando poco a poco en la narrativa mexicana. Ricardo Elizondo Elizondo, quien asedió en sus libros el sentido de la vida y el destino publicó, en 1993, *Narcedalia Piedrotas*, que documentaba la llegada a Nuevo León de los chinos con sus labores de horticultura. Él narró en esta novela la primera forma en que la droga era llevada desde México a Estados Unidos en el estómago de los burros. De

aquí derivó la expresión *burrero* para definir a las personas que se prestaban y se prestan a llevar en su cuerpo los cargamentos de droga.

En 1993, Gonzalo Martré publica *El cadáver errante*², una novela burlesca en la que el detective, que debe su formación a un curso por correspondencia que ofrece el Instituto Houdini de Catemaco, se ve inmerso en un problema de narcotraficantes sinaloenses. Para elaborar su novela, Martré recorrió detenidamente el estado de Sinaloa. De aquí que incluya algunos mitos sinaloenses, como la figura de Malverde, héroe-santo a quien los narcos le rinden culto en su capilla en donde cada milagro se agradece con un poco de coca que le meten en la nariz. A esta hilarante novela siguieron *Los dineros de Dios* (1999), que muestra los vínculos entre las altas esferas clericales y los capos de la droga, y *Pájaros en el alambre* (2000), que aborda las complicidades entre narcotraficantes y políticos.

El escritor sonoreense Gerardo Cornejo, con *Juan Justino judicial* (1996), contribuyó a crear la imagen del pillo que se convierte en representante de la ley. A él se debe la representación temprana de cómo el corrido dramatiza y guarda memoria de los hechos protagonizados por el héroe bandido que se convierte en modelo a imitar para conseguir fama y poder. Uno de los logros más celebrados de este libro fue su coloquialismo norteño que, antes de que la violencia se extendiera por todo nuestro martirizado país, quiso convertirse en uno de los rasgos de la literatura que se producía en la frontera con Estados Unidos, pasando por encima de la literatura que allí se había dado, como la de Jesús Gardea, los cuentos de Rosario San Miguel y las primeras novelas de Daniel Sada.

Otra novela temprana con el tema de la droga es *La novela inconclusa de Bernardino Casablanca* (1993), de César López Cuadras, misma que se nutre de la corrupción, el tráfico de estupefacientes, hace búsquedas formales ajenas al esnobismo y toma a una figura muy conocida para hacerla personaje literario.

3

Carlos Monsiváis, en 2004, publicó la que es, hasta donde sé, la primera selección de cuentos mexicanos inspirados en el narcotráfico: *Viento rojo*. Eran textos que desdibujaban la frontera entre crónica periodística y relato literario, vale decir, historias veraces que echaban mano de la ficción y de la voluntad artísticas. Esto no es gratuito si vemos que los autores seleccionados son escritores de cuentos y novelas

²Gonzalo Martré, *El cadáver errante*, México, Editorial Posada, 1993.

reconocidos, como Vicente Leñero, Sergio González Rodríguez, Juan José Rodríguez, Elmer Mendoza y Héctor de Mauleón. El libro contiene un rasgo notable. Por el tiempo en que fueron escritos, los textos de Jesús Blancornelas, Héctor de Mauleón y David Aponte, se convierten en las primeras historias del origen del crimen organizado en México. Las fronteras entre relato policiaco, crónica periodística y el rastreo del origen de los grupos delictivos se mueven. Allí están las historias de cárteles y mafiosos narradas por Diego Enrique Osorno y las novelas e historias noveladas sobre el tema. Un libro más, *Generación ¡bang!*, preparado por el chileno Juan Pablo Meneses resulta un documento esclarecedor. Es una antología de crónicas acompañadas de entrevistas con los autores y es un libro revelador no sólo porque ofrece textos de los más destacados cronistas de este mundo, sino porque Alejandro Almazán entrega un texto no sobre los fastos de los matones y buchonas (neologismo derivado de la afición entre los traficantes a beber whisky Bushanan's, la botellita verde, como dicen los corridos), sino porque muestra el reverso de la moneda, el que está hecho de amarguras y chascos de un joven que quiere integrarse a ese mundo de autos lujosos y mujeres despampanantes, pero sólo le dan fracasos, pérdidas, riesgos inútiles y frustración. Así como Eduardo Antonio Parra da una visión risueña del mundo criminal en "No hay mañana"³, Almazán dice que no todo lo narco es oro. Y responde preguntas que han rondado en estas páginas. Cuando Meneses le pregunta sobre el cruce entre realidad y ficción, Almazán responde:

Como una vez se lo leí a Martín Caparrós: sé que es periodismo porque se publica en periódico y sé que es ficción porque se publica una novela. Es decir, como Caparrós, no cambio mi chip de escritura, pero al teclear tengo claro cuál de los dos pactos con el lector estoy utilizando: el del periodismo, donde tecleo lo que me consta, lo que vi, lo que no puedo torcer; y el de la ficción, donde tecleo lo que se me ocurre, lo que quiero transformar. Quizá lo más difícil del paso a la ficción fue que debía mentir, siendo que mi oficio trabaja con la verdad. Entonces sentí un gran alivio al pensar que la ficción había sido creada para los que, en el mundo real, no sabíamos mentir. En la ficción,

³ Eduardo Antonio Parra, "No hay mañana", en *Desterrados*, México, Ediciones Era / Universidad Autónoma de Sinaloa / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2013, pp. 113 - 119.

también, he encontrado un refugio para contar lo que en el periodismo no se puede. Hoy, que están matando a muchos periodistas en este país, mucha de la información se desecha. Ya sea por miedo, porque no está confirmada o porque sí lo está. Porque entiendes que las autoridades son partícipes y estás más vulnerable. O simplemente porque entiendes que, aun cuando se publique, no pasará absolutamente nada y tú solo, en el mejor de los casos, vas a engrosar la lista de los sentenciados⁴.

Entre la abundante cantidad de antologías nacidas de este problema social y político, me referiré a las que he podido conseguir porque varias aparecieron en ediciones locales de poca difusión.

Expedientes abiertos. Cuentos policíacos de la frontera México – Estados Unidos (2014), antología preparada por Gabriel Trujillo Muñoz y José Salvador Ruiz, es un libro hermano, por dos razones, de *En la línea de fuego*. Primero porque sus relatos transcurren en la frontera norte de México, que es la que se involucró inicialmente en esta problemática. En segundo lugar, tiene algunos narradores en común y, ahora que escribo, me doy cuenta de que este libro tiene un valor agregado, para la literatura nacional y regional: es un trabajo de investigación que da cuenta de Lombardén, el primer detective fronterizo de la literatura mexicana⁵. Otro hallazgo es el de Joaquín Aguilar Robles, quien fuera jefe de la policía de Tijuana y director de la revista *El Detective Internacional*, que dirigió de 1934 a 1960. En sus textos, Aguilar Robles volcó sus experiencias y sus archivos. Él aparece como protagonista de sus propias historias recopiladas en *Frontera norte* (1980).

En “El caso Diarte”, “De caminos”, “La cosa nuestra” y “Un estorbo menor”, el problema de las drogas irrumpe de diferentes maneras, ya sea porque hablen del tráfico de opio, porque reflexionen sobre el poder corruptor del mundo de los de estupefacientes, porque señalen los nexos entre policías, políticos y narcos, o indaguen el tráfico de armas o muestren las incursiones

⁴ Juan Pablo Meneses, *Generación ¡bang! Los nuevos cronistas del narco mexicano*, México, Editorial Planeta (Temas de Hoy), 2012, pp. 35 y 36.

⁵ Lombardén, un detective paródico a la Sherlock Holmes, como Péter Pérez de Pepe Martínez de la Vega, apareció en 1936, en la revista *Pegaso*, de Mexicali, creado por Pedro F. Pérez Ramírez (Peritus).

norteamericanas en territorio mexicano. A mi juicio, lo más importante de este libro es que crea una atmósfera delincencial fronteriza con sus bares de buena y mala muerte, cafés de chinos y la infaltable chinesca. Y destaco lo de la atmósfera porque varios de estos cuentos son policiales negros pero no entregan muertos. Son relatos policiales sin cadáveres.

En *Expedientes abiertos* hay dos textos notables: "El último caballo cruza la meta (Deconstrucción)", de José Juan Aboytia, porque es un cuento policiaco que le da más importancia a la forma narrativa que a la comisión de un delito. Dice cómo arrancaría su historia, qué subtítulos llevarían sus partes, cuál será el nombre de su personaje, mismo que deberá morir sin haber nacido. Así resulta que este plan de un cuento policiaco es ya un cuento de este tipo.

"Corona de muerto", es todo un acierto que muestra a un narrador que tiene garra de autor policial: Jaime Muñoz Vargas. El cuento con que aquí participa me hizo ir a mi librero en donde estaba *Leyenda Morgan (Cinco casos de sensacional policiaco, 2009)*, que incluso tenía yo en una segunda edición de 2011 en donde ya había un cuento menos. Me sumergí con entusiasmo en el libro y encontré a un detective parecido a Filiberto García, el protagonista de *El complot mongol*. El teniente Morgan tiene un habla coloquial y desenfadada. Por momentos, como Filiberto García, pisa el dintel de los criminales. Si bien estos cuentos se apegan a las disquisiciones del relato de enigma, su lenguaje, sus escenarios, sus personajes, su visión del mundo y sus mismos temas los ubican en el género negro porque su detective no restaura un orden burgués, sino muestra el mundo, lo pateo y se marcha en busca de las curvas de una mujer, la penumbra de un bar o el refugio de una rockola en donde siempre suenan Los Cadetes de Linares.

En estos días en que se hermana la narrativa negra con la historieta, es notable que en *Leyenda Morgan* aparezca no una adaptación de la narrativa, sino lo que dicen las imágenes de Rubén Escalante Alonso puede leerse como parte del relato.

Primitivo Machuca Morales, a disgusto con su nombre, adoptó el alias de Morgan que le dieron en su adolescencia por el parecido que tenía con el beisbolista Joe Morgan. Abandonó los estudios y entró en la policía de Torreón. Un día alguien le dijo Teniente Morgan y desde entonces se le conoce así. Es un hombre brutal, homofóbico, misógino y que resuelve su vida sexual en los

lupanares de Torreón. Tiene un antiguo Impala con el motor arreglado para devorar kilómetros, come tacos de suadero y saborea el chamorro de botana. Fuma cigarros Raleigh, usa botas texanas, gusta de las películas de Mario Almada, bebe cerveza Indio y lee novelas ilustradas de las que venden en los puestos de periódico, llenas de erotismo, violencia y romance. Sabe que los policías que trabajan con él son corruptos y ladrones pero la moral suya no es intachable. Siempre que resuelve un caso se queda con el botín o extorsiona a los delincuentes antes de dejarlos ir. Esta es su visión de la vida: “El mundo estaba descompuesto, irremediablemente descompuesto y él no había nacido para enderezar los miles y miles de torcidos destinos que habitaban sobre la cáscara del globo. Que se pudriera todo, que se pudriera más y más al cabo ya estaba podrido y nada se podría salvar”⁶.

Los escenarios de sus cuentos son adecuados (callejones, menudearías, bares, *table dances*, chiqueros) y, junto con la caracterización de Morgan que va creciendo historia tras historia hace que los relatos de este volumen formen un todo unitario.

Aunque sus escenarios, lenguaje y tema son brutales, al estilo de la narrativa negra, Muñoz Vargas tiene recursos típicos del relato de enigma. Si en el cuento ajedrecístico un asesino sale del cine para cometer su crimen y regresa mientras dura todavía la película para tener coartada, en “A sangre y lodo”, que transcurre en su parte central en una porqueriza, el matancero sale del billar cuando todos están embebidos en una apuesta. Va, mata y regresa. Nadie se dio cuenta porque estaban hipnotizados por el juego.

En la última página de este libro notable hay unas líneas reveladoras de la conciencia que tiene el autor sobre su trabajo:

Escribí los cinco cuentos de *Leyenda Morgan* entre agosto y diciembre de 2004; ignoro si es prudente señalar que de aquellos meses a la fecha se ha deteriorado notablemente el estado de la seguridad pública en La Laguna y, acaso, en la mayor parte del país. Expertos y diletantes coinciden en afirmar que el principal motor de la violencia sin orillas es la impunidad. Más allá de lo literario, este libro quiso resaltar a escala y con algo de sorna aquel virus de nuestra cultura

⁶ Jaime Muñoz Vargas, *Leyenda Morgan (cinco casos de sensacional policiaco)*, México, Ediciones Sin Nombre, 2008, p. 37.

que fue más o menos manejable hasta hace poco. La desgracia, sin embargo, se ha fugado a estadios de sicosis en algunas regiones del país, de ahí que el relato policial sea apenas una caricatura de lo que nos acontece y quién sabe a dónde vaya a derivar⁷.

Esto significa que el teniente Morgan, con los recursos que ha trabajado, ya no tendrá lugar en el mundo de violencia sin cuento que Muñoz Vargas ha visto nacer.

En 2014, Ediciones B reconoce la gravedad del problema social engendrado por el tráfico de drogas y lanza *Narcocuentos*, una antología en la que no todos los convocados cumplieron con una historia sobre el tema del libro. Renato Ravelo pone en escena decapitados y personas con la lengua cortada mientras Juan José Rodríguez presenta a un lavador de dinero. Eduardo Antonio Parra presenta un buen cuento sobre una familia de narcos asentada en un poblado serrano y explota la inocencia de un niño en una vorágine de rencores. El suspenso aparece magníficamente manejado, tal como vimos en su libro *Desterrados*.

Narcocuentos vale por el texto de Bernardo Fernández, quien ha tocado aspectos del mundo delincriminal muy novedosos, como la elaboración de drogas de diseñador. “El trozo más grande” muestra los entretelones del mundo de los hackers y su relación con el poder, ya sea de políticos o de blanqueadores de dinero. Un cuento extraordinario.

Cuando aparece *México noir* (2016), de Iván Farías, la violencia (secuestros, matanzas, cobros de piso, crueldades para intimidar al enemigo, todo arropado por la corrupción gubernamental) se ha propagado por nuestro país como reguero de pólvora. La novelística y el reportaje ya han dado cuenta de ello pero empieza a surgir un curioso fenómeno: los mismos narradores preparan antologías que no son lo mejor de una producción específica, como sugiere la etimología, sino reuniones de amigos (casi todos ya probados en la novela) con invitados *oficiales*, debutantes e improvisados. Desean incorporar a autores a un mundo literario que no ha sido el suyo; dicho de otro modo, no pueden mostrar convicción en un tipo de texto que no ha sido lo suyo. La prosa inspirada en el narcotráfico le habla a los lectores de

⁷ *Ibidem*, p. 149.

la violencia que están viviendo, trata de explicarles el problema pero también irrumpe un elemento comercial. Los editores convocan a escritores hechos y derechos para que colaboren en un narcolibro; casi nadie se resiste, aunque yo vi reaccionar airadamente a David Toscana cuando le pidieron un cuento de este tipo.

La recopilación de Farías tiene, al menos, tres logros importantes: destaca a Guillermo Rubio, un escritor que desde hace tiempo ha sido reconocido por su novela *Pasito tun tun* y, gracias a su experiencia vital y a su pasado oficio de policía, transpira vida y violencia que pocos narradores tienen. En él se cumple el viejo dicho de que "tiene madera", complemento del adagio de Cervantes: "lo que natura no da, Salamanca no lo presta". "Ghostwriter", de Rodolfo J.M. es un hallazgo extraordinario porque, además de ser un cuento criminal negro es una reflexión sobre el arte de escribir y la naturaleza del mundillo de la literatura, con los enigmas editoriales y los intereses económicos.

En tercer lugar tenemos que Nylsa Martínez maneja muy bien el suspenso. En su relato no hay malandros ni palabrotas inútiles. Como en la novela negra, no dice que el misterio se resolvió, sino que sigue ahí, grande e inaprehensible.

Debo insistir, antes de continuar, que de las *antologías*⁸ que he leído puedo dar mi muy particular opinión que, como es natural, no siempre puede ser coincidente con las impresiones de otros lectores.

Más que muestras de textos reunidos por su calidad (flores escogidas, como reza más o menos la etimología), estamos ante reuniones de amigos que encuentran en la expresión *noir*, o negra, una especie de talismán que les da un valor agregado. Parten de que la narrativa policial negra tiene una virtud que la literatura oficial no posee: la capacidad de mostrar la violencia que sacude a nuestro país. Pero resulta que las virtudes de una novela o un relato no dependen del género o subgénero al que pueda adscribirse, sino de la calidad de su hechura. Yo, como muchos de los antologados, soy admirador y seguidor de la narrativa negra, pero no puedo compartir las pretendidas virtudes inmanentes.

⁸ Ellas aparecen citadas en la bibliografía.

Como las antologías me han servido para tener un acercamiento a autores cuyos libros desconozco, quiero destacar a algunos que me han entusiasmado y me motivan a buscar sus novelas o colecciones de relatos. Daniel Salinas Basave (“Una ristra de plomo para Jericó Baltazar”) e Iván Farías (“Candidiasis”) saben contar con desenfado y agilidad. Su coloquialismo es disfrutable porque no caen en la vulgaridad ni en el lenguaje soez que asalta desde las primeras líneas de algunos trabajos. El primero crea un personaje atractivo, un “Piporro budista” y el segundo plantea muy bien el tema de la venta de protección. De este autor leo *Tipos que no duermen por la noche* y sus relatos confirman los aciertos de “Candidiasis”. Es muy buen libro en su conjunto y revela cómo son nuestros días. “Café” (un ciudadano mata por accidente a un agitador social que en realidad era un infiltrado al servicio del político de la historia), “Buscar y destruir” (una familia es masacrada en un retén militar), “Bebiendo gasolina” (un muchacho prende fuego a su padrastro) y “Una chica en un bar”, que cuenta un feminicidio, son los cuentos que podríamos designar más cercanos al género negro, aunque si vemos que la condición humana es la materia de sus relatos más notables, concluiremos que la literatura policial negra pasa a segundo plano en sus historias de amor y erotismo. Un elemento ha tomado Farías de la narración negra y lo pone al servicio de sus historias que bordan sobre la relación de pareja: el suspenso.

Desierto en escarlata. Cuentos criminales de Ciudad Juárez recoge un puñado de historias que transcurren en uno de los estados más lastimados por la violencia del narcotráfico y los feminicidios.

Mientras en “El contador” tenemos un cuento de sicarios muy bien escrito y dramatizado por José Lozano Franco, “Despedida”, cuya autoría corresponde al sacerdote Francisco García Salinas, también habla sobre matones, pero en un estilo muy rulfiano, como corresponde a las arideces del escenario. La visión femenina corresponde a Elpidia García cuyo texto capta excelentemente la atmósfera de la ciudad mártir en donde los feminicidios y la corrupción policiaca se dan la mano con los tratantes de blancas.

Aquí encontramos un texto de José Salvador Ruiz en donde un matón vive alucinado por una bala que carga en el cerebro. Se

auto designa como un sicario de Cristo porque se dedica a acabar por encargo con asesinos, policías y secuestradores. Así como el protagonista de la película *Llámenme Mike*, de Juan José, Gurrola, está loco por una golpiza que recibió aunque también por leer novelas policíacas y el Quijote enloquece por leer novelas de caballería, éste se quedó chiflado por la bala y en su mente resuenan salmos bíblicos.

Guillermo Sánchez Martínez, en "Transarte" hace una cartografía de Ciudad Juárez en la que conviven políticos y matones. Lo más llamativo del cuento es que el matón más malo está enamorado de un travesti, precisamente por sus atributos masculinos. El LBGT ha llegado al relato negro policial.

La renovada muerte (2018) reúne prosistas reconocidos ya por varios libros. Parecería que Francisco Haghenbeck convocó a un puñado de escritores oficiales para escribir relatos policiales pero varios de ellos son digresivos, discursivos y sin tensión dramática. "Un problema de abasto", de Imanol Caneyada, además de plantear el problema de los migrantes en Sonora tiene un excelente manejo de la tensión. Tan es así que me hizo recordar una novela de Leonardo Sciascia que transcurre en un obraje.

Bernardo Esquinca participa con "El hombre pálido", un cuento muy bello e interesante pero que no se aproxima al relato negro, a ese mundo de violencia y crimen que tan bien ha manejado el autor en varias novelas y libros de cuentos. Sobra decir que en *La renovada muerte* desfilan policías, matones, narcos, jóvenes masoquistas y "levantados".

En el prólogo de esta muestra, Haghenbeck sostiene que el neo policiaco contó entre sus filas a Rafael Ramírez Heredia, Juan Hernández Luna y Taibo II, aunque no aclara qué novedades tuvieron estos autores frente a Rafael Bernal, Vicente Leñero y Rodolfo Usigli. También afirma que Taibo II es "el más importante" autor del género en español. Está bien que sea su amigo pero yo no me atrevería a decir eso frente a lectores que conozcan a Ricardo Piglia, Mempo Giardinelli y Leonardo Padura...

Acapulco noir. Tercera antología de narrativa policiaca y criminal (2018) ofreció varios cuentos de autores que poseen un probado oficio en la narrativa sin adjetivos pero que no entregan en este libro lo que el título promete. Curiosa resulta la reescritura

del crimen de Guty Cárdenas en el Salón Bach porque Pedro Ángel Palou toma prestado a Filiberto García, el protagonista de *El complot mongol*, y pone en escena a dos personajes que existieron en México: el policía Valente Quintana y Eduardo Téllez Vargas (a) el Güero Téllez, reportero de nota roja. El seguimiento de este episodio podemos encontrarlo en *México en cien crónicas* que preparara en 1992 Vicente Leñero con un grupo de novelistas.

El número 143 / 144 de la revista *Blanco Móvil* es otra reunión de amigos como las antologías antes mencionada. De aquí que varios textos toquen apenas tangencialmente el relato policial negro aunque encontremos una joya, como "Nariz de botella", de Imanol Caneyada, que da la atmósfera de hampones en Sonora pero invoca el prodigio y le da un toque de humanismo que ennoblece esta bella historia.

"Este juego perverso" tiene policías, teiboleras, pederastas y un marido amnésico que al final hace dudar de la autenticidad del relato. "Son bellas las malditas" es un buen cuento que recoge nuevamente la atmósfera juarense de teiboleras y chulos.

"El dulce hedor de la muerte" parece ser un símbolo de nuestros días porque el narrador es un empleado forense que, en nochebuena, mira cómo se amontonan en la morgue los cadáveres de suicidas, decapitados, mutilados, balaceados. Él es un hombre sólo y derrotado por la vida.

Finalmente, "Con una llamada", aunque es un fragmento de novela, Iván Farías nos permite decir que es dueño de un estilo sumamente atractivo y apto para la narración policial negra. Cuando apuntala su texto con José Ramón Garmabella, Filiberto García y la Calle de Dolores nos recuerda que Bernardo Esquinca, en una novela suya, ha utilizado una policía nada ortodoxa que creó Bernardo Fernández.

FUENTES DE CONSULTA

- Anónimo, *Acapulco noir. Tercera antología de narrativa policiaca y criminal*, México, Nitro Press, 2018.
- Aboytia, José Juan, Agustín García Delgado, José Alberto García y Ricardo Viguera, compiladores, *Desierto en escarlata. Cuentos criminales de Ciudad Juárez*, México, Editorial Nitro / Press, 2018.
- Bermúdez, María Elvira, *Los mejores cuentos policiacos mexicanos*, México, Ediciones Libro Mex, 1955.
- . *Cuento policiaco mexicano. Breve antología*, México, Premiá Editora / UNAM (Textos de Humanidades), 1987.
- Caneyda, Imanol, "Nariz de botella", en *Blanco Móvil*, números 143 -144, México, junio de 2019.
- Farías, Iván, *México noir. Antología de relato criminal*, México, Nitro / Press, 2014.
- . *Tipos que no duermen por la noche*, México, Nitro / Press, 2017.
- Fernández, Bernardo et al., *Narcocuentos*, México, Ediciones B, 2014.
- García Muñoz, Gerardo, *Latin noir. Antología. Muerte con pasaporte*, México, Nitro / Press, 2018.
- González, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Ediciones Botas, 1951.
- Haghenbeck, Francisco, *La renovada muerte. Antología del noir mexicano*, México, Grijalbo / Penguin Random House 2019.
- Leal, Luis, *Breve historia del cuento mexicano*, México, Ediciones de Andrea, 1956.
- Leñero, Vicente, et. al., *México en cien crónicas*, México, Grupo Azabache, 1992.
- Muñoz Vargas, Jaime, *Leyenda Morgan (cinco casos de sensacional policiaco)*, México, Ediciones Sin Nombre, 2008.
- Parra, Eduardo Antonio, *Desterrados*, México, Ediciones Era / Universidad Autónoma de Sinaloa / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2013.
- Reyes, Alfonso, "Sobre la novela policial", tomo IX de sus *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1959, pp. 457 - 461.
- Torres, Vicente Francisco, *El cuento policial mexicano*, México, Editorial Diógenes (Antologías Temáticas), 1982.

El relato criminal mexicano ~ Torres

---. *El que la hace...¿la paga?* Lima, UNESCO, 2006.

Trujillo Muñoz, Gabriel, y José Salvador Ruiz Méndez, *Expedientes abiertos. Cuentos policíacos de la frontera México - Estados Unidos*, Mexicali, Editorial Artificios, 2014.

Yates, Donald Alfred, *El cuento policial latinoamericano*, México, Ediciones de Andrea (Antologías *Studium*, número 9), 1964.